

Los Acuerdos de Paz en perspectiva Valoración histórica veinte años después

Ricardo Ribera*

Marx dictaminó, con justa razón, que “la historia la hacen los hombres”¹. Se trataba de una obviedad, desde luego, pero le hizo falta decirla. Le respondía a Hegel, quien había afirmado lo contrario: “La historia hace a los seres humanos”. ¿Somos los sujetos de la historia o somos, más bien, objeto de ella? Habrá que conceder que ambos pensadores tenían su parte de razón². Los dos pueden ayudarnos en la difícil tarea que reclamaba recientemente David Escobar Galindo: “entender el pasado, descifrar el presente y anticipar el futuro” y lograr “la comprensión desapasionada del porqué de los hechos”³.

Durante la posguerra, hemos tenido en El Salvador una abundante producción de obras testimoniales, autobiografías, memorias, reflexiones e incluso poemarios por parte de diversas personalidades que protagonizaron la vida política y militar durante el conflicto y la posterior negociación. Si solo nos quedáramos con el aserto de Marx, bastaría con esta versión de los protagonistas principales. Es más, deberíamos atenernos solo a su testimonio, dado su manejo privilegiado de información, su participación en la toma de decisiones, su ubicación central en el proceso histórico. Pero, de hecho, las cosas son de otra forma. Sus narrativas suelen ser objeto de sospecha, bien sea por su parcialidad y tergiversación interesada –en especial cuando los

* Historiador y filósofo, catedrático del Departamento de Filosofía de la UCA.

1. Véase el Prólogo de Marx a “*El 18 Brumario de Luis Bonaparte*”, donde expone, en forma sucinta, su concepción general de la historia.
2. De hecho, Marx algo le concede a Hegel cuando especifica que “los hombres no hacen la historia en condiciones libremente elegidas por ellos, sino que les son dadas, heredadas del pasado”; *opus cit.*
3. David Escobar Galindo: “2012... sentir que 20 años no es nada”; Opinión, La Prensa Gráfica, 07.01.12

autores siguen activos en política –, bien sea por sus notorios olvidos y errores. La memoria traiciona y más cuando, en el centro de nuestros recuerdos, estamos nosotros mismos. De interés para antropólogos, para los historiadores tales escritos no han de sustituir el análisis interpretativo. Algunos incluso descalifican como carentes de valor historiográfico las autobiografías y las obras de testimonio, a las que consideran como simples variantes de la literatura de ficción.

Hay otra razón de mayor entidad para desconfiar de este tipo de “fuentes primarias”: el hecho de que los propios líderes y dirigentes, con frecuencia, han sido arrastrados a tomar las decisiones que tomaron forzados o determinados por escenarios que les sobrevinían y por una evolución de los hechos que no controlaban. En nuestro proceso, esto fue muy evidente. A la larga, acabaron reconociendo que les tocó adaptarse a las circunstancias, aprovechar las posibilidades que se abrían o se cerraban sucesivamente, acoplarse a lo que la historia demandaba en cada momento. Será necesario, como reclamaba Hegel, comprender la lógica del proceso, la cual se nos impone. Como insistía Zubiri, lo real tiene fuerza de imposición. En la realidad histórica, estamos siempre inmersos en un sistema de posibilidades, explicaba Ellacuría. Con nuestras acciones, lo que hacemos es abrir u obturar posibilidades concretas que el proceso nos ofrece. Estas nunca las fabricamos o inventamos, están ahí y, a partir de nuestra apropiación, por libre opción, pueden ser actualizadas y abrir un nuevo sistema de posibilidades⁴.

Valga una imagen que facilite la comprensión del anterior planteamiento filosófico: el dirigente histórico aparece como alguien que cabalga de espaldas, más preocupado en no caerse de su montura que en dirigirla. El corcel

no va, entonces, adonde lo conduce su jinete, sino que, en tales circunstancias, el caballo va a su aire. Los actores históricos, según tal metáfora, van aprendiendo del proceso histórico sobre el que van montados. Creen dirigirlo, pero en realidad –terminarán aceptando– los conduce a ellos. Habrá de ser comprendido y aceptado cuando se llegue a un momento de mayor maduración. Es la propedéutica de la historia, el aprendizaje de lo que se puede y lo que no se puede, la pedagogía de lo que es realista y lo que resulta inalcanzable⁵.

Por eso mismo, a medida que el proceso va avanzando, las expectativas, en vez de radicalizarse y aumentar, se moderan y autolimitan. Baste comparar los tres programas sucesivos que presentó la alianza FDR-FMLN para comprobarlo. El más radical sobre el papel es, sin duda, el primero de todos, el del “gobierno democrático-revolucionario”, dado a conocer en 1980, cuando la insurgencia estaba más lejos de poder imponerlo. Mucho más moderado el de enero de 1984, el del gobierno de amplia participación, cuando el triunfo parecía ya solo cuestión de tiempo, ofreciendo compartir el poder y fusionar ambos ejércitos, pero superado en flexibilidad y autolimitación por el programa de revolución democrática proclamado unilateralmente por el FMLN en agosto de 1990, siendo que en la mesa de negociación se discutía ya su reconocimiento y legalización⁶.

En forma similar, podemos apreciar la evolución del bando gubernamental; tanto el PDC como Arena actúan en el proceso y este actúa sobre ellos trastocándolos. El líder de la “revolución de los pobres” y candidato opositor, reprimido en 1972, en 1980 de la mano del pacto con la Fuerza Armada y respaldado por Estados Unidos, termina persiguiendo a sus antiguos aliados y presidiendo

4. Véase Ellacuría, Ignacio: *Filosofía de la realidad histórica*, UCA Editores, San Salvador, 1990.

5. “En la historia, lo que los hombres *desean* es menos importante que lo que *hacen*, y no hacen sino lo que *pueden*” (d’Hondt, J. *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971; pág. 263).

6. Un análisis comparativo de tales concepciones programáticas, en mi artículo Ribera, R. “Guerra, paz, democracia”, revista *Realidad* n.º 42, nov-dic. 1994, UCA, San Salvador.

uno de los gobiernos más sanguinarios y corruptos de la historia del país. Tampoco el antagonista de Napoleón Duarte, el mayor Roberto d'Aubuisson y su partido Arena quedarán mejor parados en el escenario de la historia: esta los fuerza a tener que aceptar la solución política (pese a la consigna arenera que decía "negociación es traición"), a legalizar al FMLN (a pesar del himno que promete hacer de El Salvador la tumba de los rojos), a recortar funciones a la Fuerza Armada (son reducidas a solo dos en las reformas a la Constitución acordadas en la negociación: la defensa de la soberanía y la defensa del territorio nacional) y a fundirse en un abrazo de reconciliación con sus antiguos enemigos.

No es simple cuestión de cálculo político, hay sinceridad en las nuevas convicciones que expresan los dirigentes políticos de aceptarse unos a otros y emprender juntos el desafío de construir un nuevo país que los incluya a todos. Expresa un nacionalismo renovado en los diferentes discursos del 16 de enero y del 1 de febrero de 1992: "es una solución sin vencedores ni vencidos", "como salvadoreños estábamos condenados a entendernos", "con esta solución ganamos todos" o "ha sido la ausencia de democracia la causa principal del conflicto"⁷. Viendo estas piezas de oratoria política, tal pareciera como si todo hubiese sido un nefasto malentendido. Un vuelco sorprendente si se contrasta con las expresiones duras y llenas de odio, de los mismos actores a inicios del conflicto armado. A doce años de distancia y setenta mil muertos más tarde, las semillas de una mínima fraternidad y de un patriotismo no tan excluyente parecen haber germinado y ofrecer sus primeros brotes.

Así, podemos concluir que, buscando transformar el país, los actores se transformaron a sí mismos⁸. No quiere decirse que no hayan

logrado lo primero, cambiar la historia de la nación, pero en ese esfuerzo ellos resultaron, a su vez, cambiados. La solución negociada tiene mucho de este componente: la transformación verdadera, no fingida, de los actores principales, FMLN y Arena. También de Fuerza Armada, partidos políticos, sindicatos, Iglesias, instituciones. El repetido interrogante "para qué sirvió la guerra" encuentra esa paradójica respuesta: en primer lugar, para transformar a sus actores y, solo en segunda instancia y como efecto de dicho cambio, para transformar asimismo el país.

A veinte años de distancia, la nación está planteándose un ejercicio colectivo de revisión histórica, con respecto al Acuerdo de Paz. La ocasión es adecuada para hacer balance del mismo. También, deben tomarse en cuenta las variadas expectativas e inevitables decepciones que el proceso ha ido propiciando. Hay que tener presente todo lo que el Acuerdo de Paz abrió, es decir, la perspectiva de los veinte años transcurridos y de la situación actual. Posiblemente, en este punto de vista, vamos a encontrar motivos para el pesimismo o, cuanto menos, para considerar medio vacía la botella. Las expectativas eran muy altas y mucho del actual escenario es preocupante. Pero también se hace preciso ver aquello que cerraron los acuerdos, es decir, la perspectiva del pasado conflicto armado y del abrirse paso de la solución política negociada. Ahí hallaremos razones para afirmar que la botella está medio llena.

Lo que cambió y lo que ha persistido

Es parte de la dialéctica histórica el hecho de que los cambios, a menudo lo más visible, van acompañados de aquello que permanece, según una inercia que puede pasar más desapercibida. En los años siguientes a la

7. Un comentario y análisis más pormenorizado de los discursos y atmósfera en las celebraciones de la paz las hice en Ribera, R.: *Pinceladas para un cuadro de la transición*, Ediciones para el debate, UCA, San Salvador, 1997.

8. Véase mi ensayo Ribera, R. "Guerra, paz, democracia", *opus cit.*

firma de la paz, eran muy evidentes grandes cambios que se habían logrado: el cese de la persecución por motivos políticos, el fin de la represión, no más desapariciones forzadas, torturas, capturas arbitrarias o ejecuciones sumarias. Había terminado el terrorismo de Estado que por décadas entronizó el reinado del miedo, haciendo que el nombre de El Salvador fuera sinónimo de horror, masacres y escuadrones de la muerte. También se había puesto fin a la actividad guerrillera, a una lucha armada insurgente de las más activas de toda América Latina, causa asimismo de repudio y terror para una parte de la población que se sentía acosada o potencialmente víctima por esta otra violencia. Cesaba la confrontación armada y se abrían los espacios para todo el espectro político de fuerzas. En el país, es algo reciente y totalmente nuevo que haya ejercicio pleno de los derechos democráticos, los de pensamiento y opinión, los de reunión y asociación, y el primero y más elemental en cualquier democracia: el derecho a elegir y a ser elegido, sin cortapisas de carácter ideológico. Surgió una legalidad nueva que permite la defensa de los más diversos intereses, que de manera pacífica se planteen las distintas reivindicaciones y que la justicia social pueda, aunque lentamente, abrirse paso en nuestra sociedad.

En los primeros años tras los Acuerdos de Paz, había motivos para el optimismo y también para un sentimiento de conquista y triunfo que parecía fundado. Tal vez no se trataba de un salto, como muchos habían soñado, mas sí eran pasos fundamentales para plantearse un nuevo país, una convivencia sana y pacífica, el progreso en tranquilidad y la vida en democracia.

Pero a la par de las positivas transformaciones, empezaron a hacerse presentes diversos signos que apuntaban a que una parte de la realidad seguía intocada, que había aspectos que parecían obedecer a la ley de la inercia. Así, por ejemplo, la emigra-

ción. Se suponía era causada por la guerra, pero terminó esta y el flujo migratorio de salvadoreños hacia el exterior no se contuvo, al contrario, se incrementó. No era ya por el conflicto, sino que ahora por la economía; ya no era el miedo, sino el hambre lo que expulsaba salvadoreños fuera de su país. Reflejaba el fracaso del modelo neoliberal, impuesto a partir de 1989 con la primera administración arenera. La nación pasó a exportar compatriotas, la mano de obra barata pasó a ser el primer producto de exportación, en vez de recaudar petro-dólares el país obtenía pobre-dólares⁹, fruto del duro esfuerzo de nuestros trabajadores emigrados. La falta de oportunidades, los bajos salarios y el desempleo han hecho que incluso sectores de las capas medias busquen el “sueño americano” emigrando al norte.

Crecieron las remesas para alivio de la economía pero, al mismo tiempo, aumentó la desintegración familiar, con terribles secuelas para la primera generación de posguerra cuya infancia transcurría en hogares desestructurados. Ligado a eso, la nueva violencia, cuya expresión más típica se ha dado en el fenómeno de las pandillas. Si se caracterizó la década del conflicto por la disputa territorial entre los bandos enfrentados, avanzamos en la posguerra y reaparecieron las pintas en los muros, las luchas por el territorio, el refugio en el grupo, donde se resuelve el problema de la pertenencia y de la identidad. Al inicio, el fenómeno de las maras, surgidas en Los Ángeles e importadas al país vía deportaciones, parecía cuestión básicamente identitaria y cultural. Pero era solo cuestión de tiempo que se acrecentaran sus niveles de violencia y su inmersión en lo delictivo. La delincuencia organizada y el narcotráfico se aprovechan de la existencia de las pandillas juveniles, convertidas en estructuras de dominio territorial, para sus fines de venta de droga, intimidación, extorsiones y sicariato. La deriva delincencial de las pandillas y la penetración por el crimen organizado de las

9. La expresión es del sociólogo jesuita Segundo Montes.

instituciones se han convertido en la peor pesadilla de la posguerra salvadoreña, en el mayor reto al control territorial del Estado y en el gran desafío de la transición democrática¹⁰.

Por último –aunque, por su importancia y carácter determinante, tal vez debería mejor mencionarse en primer lugar–, la exclusión social y la pobreza económica. No hace falta saber de marxismo para entender que la economía resulta determinante en muchos sentidos¹¹. Gran parte de los problemas de El Salvador arrancan de su frágil estructura económica, incapaz de ofrecer empleo estable y condiciones de vida digna para la gran mayoría de la población. Aunque los índices de pobreza y de pobreza extrema bajaron notablemente desde mediados de los años noventa, la situación económica sigue siendo muy preocupante. Es el primer factor para la devaluación de la democracia: esta no se come. Y cuando está el problema no resuelto del diario vivir, su urgencia y carácter imperativo relativiza mucho el valor de las conquistas políticas. La armonía social se ve tensionada y amenazada por la realidad de una sociedad desgarrada en clases, de gran desigualdad, con pobreza extrema y riqueza asimismo extrema, donde las capas medias están siempre amenazadas de pauperización y además pesan demasiado poco¹².

Hay responsabilidades históricas: la clase dirigente no supo cómo superar la crisis del modelo económico, que venía arrastrándose desde los años cincuenta del siglo pasado, y tampoco ha atinado en configurar un modelo

que permita mayores niveles de ingreso y de empleo, mayor independencia económica y más margen para el desarrollo autóctono. Gran parte de las debilidades del régimen político derivan de la debilidad sistémica del tipo de capitalismo dependiente que impera. La inmersión del capital salvadoreño en el mundo globalizado y su transnacionalización no han resuelto el problema, solo lo han enmascarado. No se le puede atribuir responsabilidad al Acuerdo de Paz. Este consistió en cambiar el régimen –pasar de la dictadura militar a la democracia representativa–, pero no en transformar el sistema. No lo cambió porque no podía hacerlo. No había correlación para ello ni tampoco el proceso de solución política negociada podía ir más allá de sí mismo.

Ni revolución negociada, ni refundación nacional: reforma pactada¹³

Se consiguió el cambio de régimen. Nada menos. Pero, también, nada más. Todas las elucubraciones de la izquierda sobre “victoria parcial”, “revolución negociada”, “victoria diferida” y otras, surgidas en la coyuntura inmediata posterior al acuerdo de paz, son básicamente eso: elucubraciones, formas de hacer más digerible para las bases del FMLN, combatientes, militantes y simpatizantes, el hecho de que no pudo obtener, en la “ofensiva hasta el tope” de 1989, el colapso del ejército y la toma del poder del Estado. El objetivo mínimo era abrir la negociación y esto sí lo consiguió¹⁴. Pero no iba a poder obtener, en la mesa de negociación, lo que no pudo en el campo de batalla. “Alcanzar la democracia,

10. El fenómeno fue tempranamente investigado por el PNUD. Véanse sus publicaciones: *Violencia en una sociedad en transición*, que recoge las conferencias magistrales y ponencias de un evento realizado en San Salvador en 1998, y un segundo tomo con cinco ensayos académicos, editado en agosto de 2000.

11. Véanse los sucesivos *Informes sobre Desarrollo Humano*, publicados por el PNUD en estos años.

12. Hay un reciente e importante estudio: Córdova/Cruz/Seligson: *Cultura política de la democracia en El Salvador, 2010*, IUDOP/FundaUngo/Vanderbilt University, San Salvador, 2010.

13. La expresión “revolución negociada” la dio Álvaro de Soto, vocero de la ONU, en 1992; y la idea de “refundación de la república” la sostiene Rafael Guido Véjar en un artículo en *El Salvador: historia mínima*, edición del bicentenario por la Secretaría de Cultura de la Presidencia, 2011. Salvador Samayoa, en su libro *La reforma pactada* (UCA, San Salvador, 2002), defiende dicha caracterización.

14. En un análisis más fino, hemos afirmado: “Mucho se ha repetido, y sería difícil desmentirlo, que el salto de una etapa de simple diálogo al nivel cualitativamente más alto de la negociación fue un resultado de la gran

vista la historia salvadoreña, supone una auténtica revolución” –se dijo– y otras muchas cosas que endulzaran la patente realidad: no había correlación para más porque no hubo victoria, sino un virtual empate.

El fundamento para posibilitar el proceso negociador era una situación de “equilibrio militar estratégico” que se mantenía estable y que previsiblemente no podría ser roto por ninguno de los dos bandos. Fue sobre tal caracterización como la Comandancia General del Frente entró al proceso de negociación. Suponía una elaboración teórica novedosa que, por otra parte, se distanciaba y superaba la anterior consideración estratégica. Según aquella, retomada de la experiencia y concepciones vietnamitas, el proceso general de la guerra atravesaba tres grandes etapas¹⁵. La primera, la posición de partida, era para la guerrilla una etapa de “defensiva estratégica”. En ella lo primordial era mantener la fuerza, no permitir su aniquilamiento, sobrevivir. El FMLN lo tradujo en 1981 en la consigna “resistir, consolidarse y avanzar”. La segunda suponía alcanzar el “equilibrio estratégico”, aun con inferioridad de poder de fuego y de medios militares, atacando “lo mucho con lo poco” y “lo poco con lo mucho”, según la dialéctica –más taoísta que marxista, hay que decir– aprendida en Vietnam¹⁶. La tercera, que el Frente consideraba haber alcanzado ya en 1983, era pasar a la “ofensiva estratégica”. Era, por definición, la última de las etapas, que debía

culminar con una ofensiva final que se acompañara de la insurrección general popular, que diera el triunfo y la toma del poder.

Pero el proceso histórico salvadoreño agarró por otros rumbos. Desde inicios de 1984, la Fuerza Armada, asesorada por Estados Unidos, retomó la iniciativa con una estrategia diferente, que ya no buscaba la victoria a corto plazo, sino el desgaste de la guerrilla, su aislamiento, a fin de derrotarla a un mediano plazo. El FMLN tuvo que replantear sus tácticas, renunciando a las grandes concentraciones de tropa y a la vida de campamento, retornar a la movilidad de las pequeñas unidades guerrilleras. Desistir de las grandes operaciones militares, para concentrarse en extender la guerra a todo el país, en una táctica llamada “guerra de las pulgas” (“las pulgas no matan al elefante –afirma esta parábola oriental– pero pueden volverlo loco”) para contrarrestar el intento estatal de convivir con la guerra y alejar los campos de batalla de los centros productivos y de las grandes concentraciones demográficas. El FMLN consiguió, finalmente, desentrañar el esquema estratégico diseñado por el Pentágono, contrarrestarlo y derrotarlo. Pero tuvo que aceptar haber regresado a la previa situación de defensiva estratégica, que tendía a resolverse en una nueva situación de equilibrio estratégico de fuerzas. No funcionaba el esquema aprendido en Vietnam. El Salvador era otra cosa. Había

ofensiva militar del FMLN. Debería matizarse, sin embargo, que entre la ofensiva y la negociación el nexo quedaba establecido más por el relativo fracaso de aquella que por lo que pudo tener de exitosa. Formulada en términos dialécticos, negativos, en una fórmula de las que tanto gustaba Hegel, podría decirse: “El éxito de la ofensiva estuvo en su fracaso” (Ribera, R. “El Salvador: la negociación del Acuerdo de Paz”, Realidad n.º 37, enero-febrero 1994, UCA, San Salvador; pág. 96).

15. Diversos dirigentes políticos y cuadros militares medios del FMLN visitaron Vietnam, algunos por meses, unos capacitándose en cuestiones teórico-estratégicas y otros en aspectos táctico-operativos.
16. Este principio filosófico oriental aplicado a las condiciones guerrilleras significó oponer a los grandes operativos enemigos, de cuatro mil o cinco mil efectivos, una fuerza mínima, a veces solo tres o cuatro francotiradores, para desgastar y retrasar su avance. Mientras, el grueso de la fuerza evadía el cerco y era puesta a salvo. A lo mucho se oponía lo poco y así no se arriesgaba sufrir un revés. Combatir lo poco con lo mucho significaba, por el contrario, caer a posiciones fijas en la retaguardia enemiga con superioridad numérica de diez a uno o de veinte a uno. A menudo, el enemigo se rendía rápidamente, lo que permitía hacerse con su armamento y equipo. La combinación de ambas tácticas, a veces en el mismo operativo, resultaba devastadora para la moral de la Fuerza Armada.

que ajustarse a ello, entenderlo, reflexionarlo, “pensar con cabeza propia”¹⁷. Recetas ajenas no servían.

El distanciamiento entre el poder económico y el poder militar

Enfrascados ambos bandos en un esquema de guerra de desgaste, esta se alargaba de manera fatal y un final cercano no era previsible. El alto mando castrense sometido al dictado de los “asesores” norteamericanos criticaba en privado la concepción estratégica de los mismos. Se extendió entre el ejército la idea de que “los gringos no querían ganar la guerra”, que por eso se prolongaba. Ya no se hacían, como en los primeros años del conflicto, grandes operativos del tipo “yunque y martillo” buscando atrapar y aniquilar al enemigo. En la nueva concepción, se imponía patrullar sin descanso las zonas de expansión guerrillera con “batallones de cazadores”, más livianos que los “de reacción inmediata”. El objetivo era dejarlos encerrados en sus zonas de control. Ahí podían los guerrilleros quedar tranquilos. Se les bombardeaba por aire y con artillería pesada. A distancia. Aislar y desgastar a la insurgencia era la consigna. El triunfo, se repetía, no vendría sino hasta después.

Estados Unidos, que financiaba la guerra y la soportaba logísticamente, se impacientaba con los militares salvadoreños, imbuidos de una concepción de guerra total, de destruir y aniquilar al enemigo, que no se ajustaba a las características de una guerra irregular cual era la salvadoreña. Dejada en manos de los militares salvadoreños, la guerra iba camino de perderse. Era la conclusión a que

había llegado el Pentágono. Por eso tomó en sus manos la elaboración de la estrategia y la conducción de la misma. Lo esencial era “ganar las mentes y los corazones” de la población. Con el programa Conara –de la llamada Comisión Nacional de Restauración de Áreas– llevar servicios de agua potable y luz, alimentos, salud, a poblados en zonas en disputa¹⁸. La represión indiscriminada era contraproducente. Había que generar fisuras en la coalición insurgente, dar espacios a la oposición que se separase de la lucha armada y jugar con el cansancio de la guerra de una parte de la población para que abandonase sus simpatías por la insurgencia¹⁹.

Sobre el papel, la estrategia de Estados Unidos era brillante y tomaba en cuenta lo que le funcionó y lo que no en Vietnam. Pero en la práctica, tropezó con la incomprensión y la desconfianza de la Fuerza Armada de El Salvador, que debía aplicar la estrategia sobre el terreno y de la que, en definitiva, dependía su correcta ejecución. Un solo exceso, un ataque a la población civil, una violación, un solo abuso a los derechos humanos, y se destruía el esfuerzo de meses de trabajo de acercamiento con la población.

El reclutamiento forzoso practicado extensamente, sobre todo por la Fuerza Armada, a la larga derivó en síntomas de desmoralización generalizada entre la tropa. También la desgana de muchos oficiales contribuía a la baja moral. Con frecuencia, daban informes falsos de patrullajes en realidad no completados, a propósito daban mal las coordenadas de su ubicación, rehuían el combate y se inventaban los reportes de novedades²⁰.

17. Una insistencia siempre enfatizada por Shafik Hándal, cuyo protagonismo específico empezó a hacerse sentir en el seno de la Comandancia General del FMLN a partir de la presidencia de Napoleón Duarte.

18. Tras el plan piloto “Bienestar para San Vicente”, siguió “Unidos para Reconstruir”, antecedente directo del plan Conara o Comisión Nacional de Restauración de Áreas, siempre durante el Gobierno de Duarte.

19. Un distanciamiento entre FDR y FMLN se produjo a fines de 1987, con el retorno de dirigentes del FDR al país para participar de la lucha política y electoral. Pero no se consumó la ruptura y el FMLN terminó aceptando la legalización de sus aliados, en especial en 1991, cuando pidió votar por ellos.

20. Radiodifusores del FMLN, que rastreaban sistemáticamente las comunicaciones del enemigo, se daban cuenta perfectamente de tales simulaciones. A veces, incluso se hallaban los guerrilleros justo en la ubica-

Era reflejo de algo que afectaba a ambos bandos. La guerra de desgaste, al provocar su alargamiento, engendraba fatal y dialécticamente el desgaste de la guerra, no solo por el cansancio de combatientes, cuadros y jefes militares, también por la cantidad acumulada de heridos, lisiados y amputados. Lo primero afectaba mayormente las filas insurgentes, más limitadas a la hora de proveer descanso y alimentación adecuada a sus tropas. Lo segundo afectaba a ambos: el FMLN veía sus movimientos entorpecidos por un número creciente y considerable de lisiados, mientras cuantitativamente la FAES tenía el mayor problema, pues no hallaba dónde ocultar tanto lisiado y amputado, que a mediados de la década de los ochenta sumaban ya miles, sabiendo que era un factor desmovilizador y desmoralizador. Contradecía cualquier discurso triunfalista de ir ganando la guerra y sabotaba cualquier propaganda de reclutamiento voluntario.

La peor consecuencia del desgaste era la corrupción. Era un secreto a voces el que se daba en el ejército a todos los niveles, en diferentes dimensiones. El contrabando era uno de los negocios preferidos de las fuerzas de frontera. Hubo secciones de logística e intendencia que llegaron a vender al enemigo pertrechos y armas²¹. Jefes y oficiales en campaña no daban reporte de los soldados fallecidos para así seguir cobrando sus dietas de alimentación diaria. El fenómeno, a la larga, tuvo consecuencias políticas.

La corrupción, cada vez más generalizada e inocultable cuanto más se prolongaba el

conflicto, llegó a afectar la antigua alianza entre poder económico y poder militar. Los empresarios se quejaban de que los militares no ganaban la guerra porque les interesaba que no terminara, ya que la habían convertido en un negocio. A su vez, desde el Ejército se recriminaba al sector privado que se negaba a invertir para reactivar la economía. Los empresarios –reclamaban los militares– sacaban sus capitales fuera del país, enviaban a sus hijos a estudiar al extranjero o ellos mismos se mudaban a otros países, a esperar tranquilamente a que la guerra terminara. Mientras, era el Ejército quien hacía la labor sacrificada, noche y día protegía infraestructuras, patrullaba y combatía por todo el país, ponía los muertos y se multiplicaban sus heridos y lisiados. Crecieron agriamente las acusaciones mutuas y las diferencias de percepción se acentuaron; el distanciamiento era ya patente cuando en 1990 se abrió la negociación²².

Fue factor importante para la negociación la ruptura de la alianza entre ambos poderes, económico y militar, que había sido clave durante las décadas de la dictadura, pero que en el momento decisivo de la culminación del conflicto terminaba en divorcio. Por un lado, nunca la Fuerza Armada había sido tan poderosa en el país como durante la década larga que duró el conflicto armado. Disponía de un enorme presupuesto, controlaba las fronteras y con ello el contrabando, manejaba el mercado ilegal de armas y de droga²³, tenía en sus manos gran parte del aparato estatal, poseía un inmenso poder intimidatorio sobre los civiles, incluido el mundo de los negocios,

ción que el oficial estaba reportando haber alcanzado sin novedad. Con el tiempo, aprendieron a identificar a dichos oficiales, más preocupados por evitar un posible encuentro con la guerrilla que por cumplir sus misiones.

21. El comandante Ramón (Rafael Benavides), jefe guerrillero de la zona de Guazapa, en entrevista con el autor contaba la anécdota de unas miras telescópicas con infrarrojos para visión nocturna, recibidas de los Estados Unidos, una parte de las cuales llegó a manos del FMLN tan solo dos semanas más tarde.
22. Informaciones y valoraciones recabadas en entrevistas y pláticas con dirigentes de Comisión Política del antiguo FMLN: Nidia Díaz, Lorena Peña, Dagoberto Gutiérrez, José Luis Merino, Francisco Jovel, Norma Guevara, Roberto Cañas, Domingo Santacruz, Eduardo Sancho, Gerson Martínez.
23. Recuérdese el escándalo Irán-contras que se conoció al final del conflicto, que operaba con vuelos que aterrizaban en el aeropuerto militar de Ilopango, cargando armas para la contra nicaragüense y de regreso droga colombiana con la que se financiaba la operación, que eludía la prohibición del Congreso USA.

etc. Pero, por otra parte, nunca había sido el ejército tan débil y vulnerable. Confrontado por un contrapoder armado al que por su naturaleza guerrillera no sabía cómo contrarrestar, fue cayendo en una gran dependencia respecto de sus apoyos externos.

La ayuda militar extranjera –en especial la norteamericana, que llegó a ser de más de un millón de dólares diarios– era su talón de Aquiles²⁴. Cuando llegó al momento de la negociación, la situación para el ejército salvadoreño era que, si Estados Unidos cortaba su asistencia, le sería imposible proseguir la guerra más allá de unos pocos meses. Es más, el solo anuncio de la suspensión de la ayuda militar estadounidense podía provocar su colapso inmediato. Su historial de abusos contra los derechos humanos, que culminó con el asesinato de seis sacerdotes jesuitas desarmados y dos de sus humildes empleadas, terminó jugando decisivamente en su contra, pues le facilitó a su adversario sentar a la institución castrense virtualmente en el banquillo de acusados y encontrar eco, en la mesa de negociación, a sus exigencias de recortar poderes al ejército a fin de controlar, “civilizar” y democratizar a la FAES.

Muchas de las reivindicaciones insurgentes tenían que ver con apartar a los militares del poder político, lo que incluía cambios fundamentales en la Constitución. La derecha política, expresión concentrada de los intereses y posición de la derecha económica, coincidía en el fondo –sorprendentemente– con esa demanda: los militares debían ser apartados de la política. Era la conclusión a que habían llegado: ellos fueron Gobierno, tuvieron el poder y nos precipitaron por su ineptitud a esta terrible guerra civil; metidos en ella, no supieron ganarla y la convirtieron

en un negocio; que regresen a los cuarteles y se queden en ellos, para alcanzar al fin una normalidad sin estridencias militaristas.

Pronto resultaría claro, para la delegación del FMLN, que las posibilidades de solución negociada pasaban por este factible consenso entre civiles, que exigía evitar chocar con el sector privado. Por ejemplo, en el asunto económico y social. Los temas militares y policiales tenían prioridad. Por eso, no tiene mayor sentido quejarse *a posteriori* del poco desarrollo que tuvo en el papel el capítulo dedicado al tema económico-social²⁵ o la no concreción en la práctica de ninguna transformación en este ámbito. El punto fue debatido en paralelo por Schafik Hándal y Armando Calderón Sol, en una sola sesión, en diciembre de 1991, mientras la mesa principal seguía discutiendo detalles del cese de fuego. El comandante guerrillero confesaría que no pudo arrancarle al dirigente arenero ni una tan sola concesión. “Si el FMLN quiere cambios en la economía –expresaba el que en 1994 ganaría la Presidencia de la República por Arena–, que primero consiga los votos y gane las elecciones”. No era tampoco un tema para la comunidad internacional, representada por Naciones Unidas. La conclusión era que el régimen político podía ser cambiado, pero el sistema económico era intocable.

Esa misma conciencia de clase, evidente en quien en ese momento era secretario general del partido Arena, la mostraría la dirigencia de la gremial empresarial. Efectivamente, la ANEP, convocada en la posguerra para integrar el Foro Económico y Social junto con representantes del sector laboral y del Gobierno, rechazó sumarse diciendo: “Nosotros no hemos firmado nada”²⁶. Con ese boicot, la suerte del Foro estaba decidida.

24. Información detallada en Rosa, H. *AID y las transformaciones globales en El Salvador. El papel de la política de asistencia económica de los Estados Unidos desde 198*”, CRIES, Managua, 1993. Véase también Krámer, M. *El Salvador: unicornio de la memoria*, MUPI, San Salvador, 2009.

25. Ocupa apenas un párrafo, media página, donde en lo esencial se remite a una negociación posterior, en un Foro que implementar por los agentes sociales más el concurso del Gobierno, la concreción del tema.

26. Publicado en toda la prensa de la época y recogido en Ribera, R. *Pinceladas para un cuadro de la transición*, Ediciones para el debate, UCA, San Salvador, 1997.

Para la clase dominante, una cosa era que el Gobierno de Cristiani se hubiera comprometido a una serie de concesiones políticas, a fin de superar la guerra, y otra muy distinta era que ello obligase a la elite económica a sacrificar algunos de sus intereses de clase. A tanto no llegaba su patriotismo ni su ansia de paz.

Llevó años que la clase empresarial aceptase el fundamento de la salida negociada y se imbuyera del espíritu dialogante y concertador de los acuerdos. En cambio, diferente de la actitud miope y confrontativa de no pocos líderes empresariales, a la clase política, tan a menudo denostada por líderes de opinión y columnistas conservadores, justo es reconocerle que supo estar a la altura en el momento histórico decisivo del tránsito a la paz, en especial Arena y FMLN. Algo similar cabe decir del estamento militar, que pese a su desacuerdo y decepción, se esforzó por cumplir a cabalidad unos acuerdos de paz que, a sus ojos, no le hacían justicia a la Fuerza Armada y distaban mucho de reflejar el final sin vencedores ni vencidos, el desenlace equilibrado de la contienda bélica²⁷.

La negociación: un juego de gana/gana que implica un cede/cede.

El Estado salvadoreño y, por ende, el Gobierno y la Fuerza Armada se vieron forzados a muchas concesiones que se reflejaban desde el primer acuerdo, el rubricado el 4 de abril de 1990 en Ginebra, donde se establecía que el propósito de la negociación, además de alcanzar el fin del conflicto armado por medios políticos, incluía asimismo lograr el irrestricto respeto a los derechos humanos, la real democratización y la reconciliación de la sociedad salvadoreña. Esto se concretaba un mes más tarde en Caracas, donde se acor-

daba la agenda por desarrollar, en la que casi todos los puntos se referían a aspectos que competían al Estado. Al FMLN solamente se le iba a exigir el desmontaje de su aparato militar, la entrega de las armas y su transformación en partido político²⁸.

Todavía más acentuado se veía el desequilibrio en los siguientes dos acuerdos, el de San José del 26 de julio de 1990, consistente en temas humanitarios y de respeto de los derechos humanos, y el de México del 27 de abril de 1991, centrado en las reformas a la Constitución acordadas entre las partes y que la Asamblea Legislativa se veía compelida a aprobar apresuradamente en su última sesión de la legislatura, para que quedara solo pendiente de ratificación en el siguiente período parlamentario, ligado al acuerdo final de paz. En el calendario de cumplimiento o cese del enfrentamiento armado (CEA), se reflejaría el mismo desbalance: la mayoría de cosas le correspondían al Gobierno y eran cuantitativamente muchos menos los puntos que, a lo largo de 1992, le tocaba cumplir al FMLN. Sin embargo, debe señalarse que esta impresión podría ser engañosa. Además de la cantidad, cuenta la calidad: hay que examinar la importancia y trascendencia de los diferentes compromisos. Los del FMLN eran cruciales.

Al Frente le tocó, finalmente, aceptar su desmovilización y desarme. Esto último era muy sensible para el FMLN, pues lo consideraba como la garantía última del cumplimiento, de modo especial que sus miembros no fueran perseguidos o asesinados tras el desarme. También costó porque la dirigencia lo había planteado equivocadamente como una cuestión de principios: "Jamás entregaremos las armas", enfatizaba Schafik Hándal,

27. En colaboración con la División de Derechos Humanos de ONUSAL, la Fuerza Armada publicó, en noviembre de 1994, dos tomos con "temas didácticos" y conferencias dictadas por colegas militares de otros países: "Doctrina militar y relaciones ejército/sociedad" y "Relaciones civiles-militares en el nuevo marco internacional". Son muestra del esfuerzo inicial emprendido en dirección al cumplimiento. La institución ha sido de las mejor evaluadas por la ciudadanía en cuanto a su comportamiento en la paz.

28. Un análisis más detallado en Ribera, R.: "El Salvador: la negociación del Acuerdo de Paz", *opus cit.*

incluso en las etapas finales de la negociación. Hacerlo era percibido como sinónimo de rendición: “Entrega las armas un ejército que ha sido derrotado y a nosotros no nos han vencido en el campo de batalla”, se argumentaba desde el bando insurgente. Pero para la contraparte, así como para el mediador internacional, era inadmisibles entrar a una especie de “paz armada”. Si se prolongaba la existencia de dos ejércitos en el territorio nacional, eso sería solo el prelude para un retorno a la confrontación. El Frente fue finalmente convencido para flexibilizar su posición y aceptar que la garantía fuese la verificación internacional, efectuada por Naciones Unidas (Onusal) y respaldada por la resolución del Consejo de Seguridad.

Ni siquiera pudo la guerrilla obtener el traslado de su fuerza militar a la estructura de la nueva Policía Nacional Civil (PNC) que nacería fruto del Acuerdo de Paz. Eso hubiera significado simple cambio de uniforme y cambiar unas armas por otras: la guerrilla seguiría armada bajo la forma de PNC mientras el enemigo se quedaba con “su” ejército²⁹. En lugar de eso, lo que se impuso fue la democratización de la Fuerza Armada, su cambio de doctrina y de sus funciones constitucionales, el acceso sin filtros ideológicos a la Escuela Militar, cuyo cuerpo docente sería pluralista. Al mismo tiempo, la ONU enfatizaba la necesidad del carácter “civil”

de la nueva policía, forzando a que el 51% de sus integrantes fueran civiles, es decir, que hubieran estado inactivos en el conflicto, y solo el resto proviniera de los bandos beligerantes: la mitad, de la antigua Policía Nacional; y la otra mitad, de la insurgencia³⁰. La experiencia posterior mostraría que lo decisivo no es la procedencia de los agentes, sino más bien la de los mandos, dado el funcionamiento vertical, jerárquico y disciplinado de la PNC. Por otra parte, a la hora de la implementación, resultó que la mayoría de combatientes de la guerrilla rechazó transformarse en policías, de modo que la praxis demostró lo poco realista de la inicial intransigencia³¹.

Convertirse en partido político era, en principio, una conquista de la izquierda, siempre marginada por el sistema y forzada a sobrevivir en la ilegalidad, la persecución o, a lo más, la tolerancia. Pero era una cuestión de doble cara. Ahora el sistema aceptaba a la izquierda revolucionaria, pero, al mismo tiempo, esta aceptaba el sistema³². No podía ser de otra forma, una cosa implicaba la otra. De manera que el FMLN se convirtió en una izquierda “aceptada” y al mismo tiempo en una izquierda “aceptable”. Fue irresistible, una vez instalado el Frente en la legalidad, no caer en la tentación de evolucionar a formas de lucha electoralistas. En esta misma medida, la tendencia a pasar de ser una izquierda revolucionaria –en sus fines y en sus medios– a

29. El razonamiento era que, si bien la policía carece de artillería, blindados, fuerza naval o aviación, en contraste con la Fuerza Armada, tampoco la guerrilla los poseía. De modo que, al integrarse como fuerza policía, no ganaría en poder de fuego, pero tampoco lo perdería. A los ojos de la dirigencia del FMLN, la oferta era justa. Era un planteamiento basado en la desconfianza. Era pensar: “Si la otra parte deja de cumplir, regresamos a la guerra”. A la ONU le costó que se superase tal mentalidad.

30. Una simple ojeada al documento del Acuerdo de Chapultepec evidencia la importancia dada al tema por el gran espacio que ocupa en los acuerdos, además de los dos anexos dedicados a PNC y ANSP.

31. “Yo no me alcé en armas y me pasé estos años en el monte, hambreado y peleando, para terminar de cuilio”, textualmente la forma rotunda con que un combatiente reaccionó al preguntársele su disposición a ingresar en la nueva policía. Reflejaba el sentir mayoritario de los revolucionarios de la época y la manera despectiva con que era vista la profesión policial, tras tantas décadas de tradición represiva.

32. Dagoberto Gutiérrez, como dirigente de la Tendencia Revolucionaria, ha criticado reiteradamente que el FMLN “se ha hecho parte del sistema”, cosa cierta. Pero esta pareciera una dialéctica inescapable. Es posible, en el actual escenario, jugar a ser izquierda extraparlamentaria, organizando y presionando desde el movimiento social. Pero en cuanto surge la oportunidad de ocupar cuotas de poder, estas están en el sistema, implican participar en la contienda electoral o aceptar nombramientos hechos desde el poder.

convertirse en una izquierda reformista –en los medios pero también en sus fines– es una de las claves para entender la pronta decepción entre muchas bases del FMLN durante la posguerra³³.

No por mencionarla de último ha de ser vista como de menor importancia la concesión que hizo el FMLN desde el inicio mismo del proceso de negociación: la aceptación del calendario electoral con que se venía en el sistema político, desde 1982 en adelante. De ahí que, inicialmente, la ONU esperaba una negociación rápida, de unos pocos meses, que permitiera celebrar las elecciones municipales y legislativas previstas para 1991, ya con la participación del FMLN como partido político. Al revelarse como imposible, se trasladó a 1994 tal presencia de la izquierda como fuerza electoral. Naciones Unidas consideró el evento eleccionario como parte del proceso de paz, como “la culminación del proceso de paz”.

También fue presionado el FMLN a no plantear la creación de una nueva Constitución y fue convencido de que era más práctico hacer reformas a la que estaba vigente, la de 1983, pese a haber surgido esta en el marco del conflicto como un medio más del bando oficial para ganar la guerra.

Las concesiones del Frente en lo constitucional y electoral tenían más consecuencias de las que sus dirigentes parecían advertir: su fuerte no era lo jurídico ni contaron con una asesoría experta en este terreno. Por otra parte, era razonable entender que tenía que haber concesiones mutuas y no se percibía en la coyuntura negociadora que fuese cosa de mayor trascendencia. Si el Gobierno, desde el momento mismo de aceptarla como interlocu-

tora, le otorgaba legitimidad a la insurgencia, también esta se veía forzada a conceder legitimidad a su contraparte, es decir, a aceptar que Arena era Gobierno, que Cristiani era el presidente de la nación, que esta se regía por un cuerpo de leyes, una determinada Constitución y una Asamblea Legislativa. Lo que el FMLN quisiera cambiar estaba abierto a la discusión, pero debía aceptar, de entrada, el marco constitucional y legal del sistema, al cual iba a integrarse si la negociación era exitosa.

Por eso podemos afirmar enfáticamente: no hubo refundación de la república. Ni tan siquiera hubo una nueva Constitución. Muchos de sus artículos fueron debatidos y cerca de la tercera parte modificados por la mesa de negociación. Pero eso no altera el hecho de que el país siguió rigiéndose por la Constitución de 1983 –atacada antes por ser “la de d’Aubuisson”, pues el mayor fue el presidente de la Asamblea Constituyente electa en 1982–, a la cual se le hicieron cambios. Las reformas constitucionales se aprobaron en un período legislativo y se ratificaron en el siguiente, según el mecanismo previsto en la propia Constitución. Se respetaron, pues, las formas. Y el derecho, no hay que olvidarlo, es formalidad. Así, la solución negociada se diferencia formalmente de un golpe de Estado u otro esquema de reparto del poder, fuera del marco de la legalidad vigente, como –por ejemplo– los arreglos que proponía la insurgencia en la fase de diálogo.

Es reflejo del tipo de solución política negociada. Se siguió la vía de la reforma y no la vía de la revolución. En este sentido –aunque solo sea en este– fue más “rompedor” el golpe de la juventud militar democrática del 15 de

33. Decíamos en fecha temprana: “(...) no es solo que el proceso de liberación haya perdido su *encanto*, es decir, la parte de romanticismo que todo auténtico movimiento de revolución genera. Se trata de algo más grave, como las mismas palabras expresan: además del *des-encanto* hay también *des-ilusión*, *des-engaño*, lo cual significa que hay una percepción de que anteriormente se vivió en la *ilusión*, en el *engaño*.” (en Ribera, R. “¿De la locura a la esperanza? Reflexiones en torno al Informe de la Comisión de la Verdad”, ECA n.º 534-535, abril-mayo, 1993.

octubre de 1979, pues desconoció y abolió el texto constitucional en que se apoyaba la dictadura, nombró un Gobierno “de facto” y este empezó a gobernar por decreto³⁴.

Esta debilidad institucional fue superada desde el lado gubernamental con los procesos electorales realizados a partir de la presión de Estados Unidos y con su apoyo financiero según un esquema estratégico de reformas con represión, elecciones y democratización. En el transcurso del conflicto y como un medio al servicio de la contrainsurgencia, se desarrollaron en El Salvador elecciones en 1982, 1984, 1985, 1988, 1989 y 1991. Un total de seis procesos electorarios, de los cuales dos presidenciales (de 1984 y 1989) y los otros cuatro legislativos y municipales. No es un dato que desechar, aunque tampoco eso determinaba que hubiera democracia o tan siquiera un proceso de democratización real. Lo que de hecho había, no hay que olvidarlo, era un genocidio. Se trataba, como la definió Ellacuría, de la “fachada democrática”³⁵.

Los artífices de la paz

La secuencia de eventos electorarios fue consecuencia directa de la estrategia que los Estados Unidos impusieron: frente a la política de diálogo-negociación que impulsaba la alianza FDR-FMLN, el bando gubernamental, que se oponía al diálogo, debía desarrollar una política contrapuesta de elecciones y democratización. Cada bando contaba así con su propia “política de guerra”, es decir, un planteamiento que servía para legitimarse y atacar la postura del contrario, que dejara el mensaje “nosotros quisiéramos terminar la guerra, pero no podemos porque rechazan

nuestras ofertas, los guerreristas son ellos”. Articular un discurso así era importante ante el pueblo salvadoreño, también para la opinión pública mundial, así como hacia los aliados y amigos internacionales que cada bando tenía y que en todo momento estaban en disputa³⁶.

De modo que la naturaleza última de dichas políticas era guerrerista, su objetivo no era en realidad alcanzar la democracia o abrir una salida política negociada, sino que su fin era ayudarse a ganar la guerra. Por esto, constituye una falsa lectura, ideologizada e interesada, aquella que insiste en proclamar que, con el primer diálogo desarrollado en La Palma en octubre de 1984, a iniciativa de Duarte, arrancó el proceso de negociación. Diálogo y negociación son cosas distintas, de naturaleza disímil, que corresponden a momentos diferentes del proceso. En su esencia la negociación es superación y también negación del diálogo, porque busca negar y superar la guerra, generando una alternativa al desenlace puramente militar.

En su visita al país en 1983, Su Santidad Juan Pablo II lanzó un claro mensaje al pueblo salvadoreño: “Sed artesanos de la paz”. También monseñor Romero había insistido, en incontables ocasiones, en la necesidad de buscar caminos de entendimiento y superar el trágico hundimiento del país hacia la guerra civil. A lo largo de la misma, Ellacuría y el grupo de jesuitas que lo acompañaban emprendieron cantidad de iniciativas para abrirle paso a una salida negociada. Era como estrellarse reiteradamente contra un muro. Su efectividad quedaba socavada por el implacable signo de los tiempos, que determinaba la confrontación. Concluida la dialéctica histó-

34. Valoraciones e información detallada en Menjívar Ochoa, R. *Tiempos de locura. El Salvador 1979-1981*, FLACSO-Índole, San Salvador, 2006. Asimismo, más reciente: Guerra y Guerra, R. *Un golpe al amanecer. La verdadera historia de la Proclama del 15 de octubre de 1979*, Índole, San Salvador, 2009.

35. Ellacuría, I. *Veinte años de historia en El Salvador. Escritos políticos*, en tres tomos, UCA, San Salvador, 1991. También en Ellacuría, I. “El desmoronamiento de la fachada democrática”, ECA n.º 475, mayo de 1988.

36. Internamente, el objetivo era atraerse el apoyo de la población salvadoreña. Internacionalmente, la pugna en el terreno político y diplomático era por sacar de la neutralidad a determinados actores y convertirlos en amigos, y a los amigos volverlos aliados, al tiempo que se buscaba que los aliados de ellos pasasen a ser solo amigos, y que sus amigos se hicieran neutrales. Así la guerra se fue haciendo más integral.

rica del conflicto, se podrá constatar: “con la muerte de Romero se desató la guerra, con la muerte de Ellacuría se desencadenó la paz”³⁷. Fue permeándose en la población salvadoreña, cansada de la guerra, el firme deseo y la convicción de que esta debía concluir³⁸. También a nivel internacional, hubo un cambio de percepción, favorable ahora a la superación del conflicto, tras la caída del muro de Berlín y el acercamiento entre los presidentes ruso y norteamericano.

Se dice que el fracaso es huérfano mientras el triunfo tiene muchos padres. Conocido lo exitoso de la solución política negociada, cualquiera se apunta *a posteriori* a proclamar su adhesión y entusiasmo, así como a pretender su contribución y compromiso con ella. En verdad, ninguno de ambos bandos puede apropiarse el mérito del desenlace favorable del proceso de paz. Tampoco personalidades independientes que, desde la Iglesia o la sociedad, de manera temprana clamaron por la salida pacífica del conflicto. Si no se concretó entonces fue por irrealista, por impolítico, al proclamarse en coyunturas donde no había correlación para ello, cuando el proceso no había madurado lo suficiente y no entraba en el sistema de posibilidades. No hay mérito alguno en plantear, diez años antes, lo que al final se abriría paso en la historia. Ello no demuestra “clarividencia” alguna, sino poca capacidad de análisis y desconocimiento de cómo avanza la historia. Esta se fue haciendo en un largo y doloroso proceso que el país no podía “ahorrarse”. Es la dura lección que ofrece el estudio y comprensión del proceso histórico, en su dialéctica fría pero racional, más allá de “la sopa de sentimientos” que tanto detestaba Hegel.

Se abriría la posibilidad de la solución política negociada después de haber agotado las posibilidades previas de una salida victoriosa. No antes. Se desprende de la naturaleza dialéctica del proceso: la ofensiva más terrible y violenta de toda la contienda es la que posibilitó y abrió puertas a la nueva etapa, la de la negociación. La paz no fue obra de pacifistas, de idealistas o de gentes desconectadas de la realidad histórica. La paz fue engendrada por la guerra. Por ello mismo, habrá que reconocer que la paz fue obra y mérito de “los guerrilleros”: FMLN y Arena. Precisamente, en tal paradoja reside el secreto de la dialéctica del proceso salvadoreño: este logró transformar a los actores principales y, mediante tal metamorfosis, cambiar asimismo sustancialmente a la nación.

De manera sectaria e ideológica, se puede odiar la figura de Schafik Hándal y lo que representa, como dirigente comunista y cofundador del Frente. Igual desde el otro polo, se puede detestar la figura de Roberto d'Aubuisson, por líder escuadrero y cofundador del partido Arena. Pero lo que desde el punto de vista de la historia no podrá negarse es el papel fundamental que ambos, entre otras muchas figuras relevantes, han tenido en el proceso reciente. Son responsables de la guerra fratricida, pero también lo son de la paz negociada que el país obtuvo. Esta no fue obra de los moderados o del “centro político”, sino de “las extremas”.

El hecho de que sigan siendo, dos décadas más tarde, los partidos que ellos dirigieron las dos fuerzas políticas más poderosas de todo el espectro político es consecuencia y reflejo del crédito histórico que han conseguido. Hicieron

37. Ribera, R. “Romero y Ellacuría: el santo y el sabio”, Carta a las Iglesias n.º 302, marzo 1994, UCA, San Salvador. Recogido en Ribera, R. *Pinceladas...*, *opus cit.*

38. “Las ideas a favor de la salida negociada, reiteradamente formuladas por Ignacio Ellacuría, casi desde el inicio mismo del conflicto, lejos de debilitarse con su muerte cobraban, con ella y a partir de ella, mayor fuerza y vigencia que nunca. El pensamiento pacificador de los jesuitas asesinados se demostraba vivo y vital; su martirio había conmovido al mundo y multiplicaba la eficacia de su palabra imperecedera, de su testimonio, de su denuncia, de su apuesta por la racionalidad y la negociación” (Ribera, R. “El Salvador, la negociación del Acuerdo de Paz”, Realidad n.º 37, enero-febrero 1994, UCA, San Salvador; pág. 97).

la guerra, pero son quienes también –y es lo más productivo históricamente– por fin hicieron la paz. Son ahora, aunque a algunos pueda sonarles a broma, dos pilares fundamentales de la democracia. Lo siguen siendo,

con todo y sus imperfecciones y defectos, porque el pueblo soberano así lo ha decidido; hasta ahora, al menos. Es algo que deberá ponerse a prueba en las elecciones del 11 de marzo.